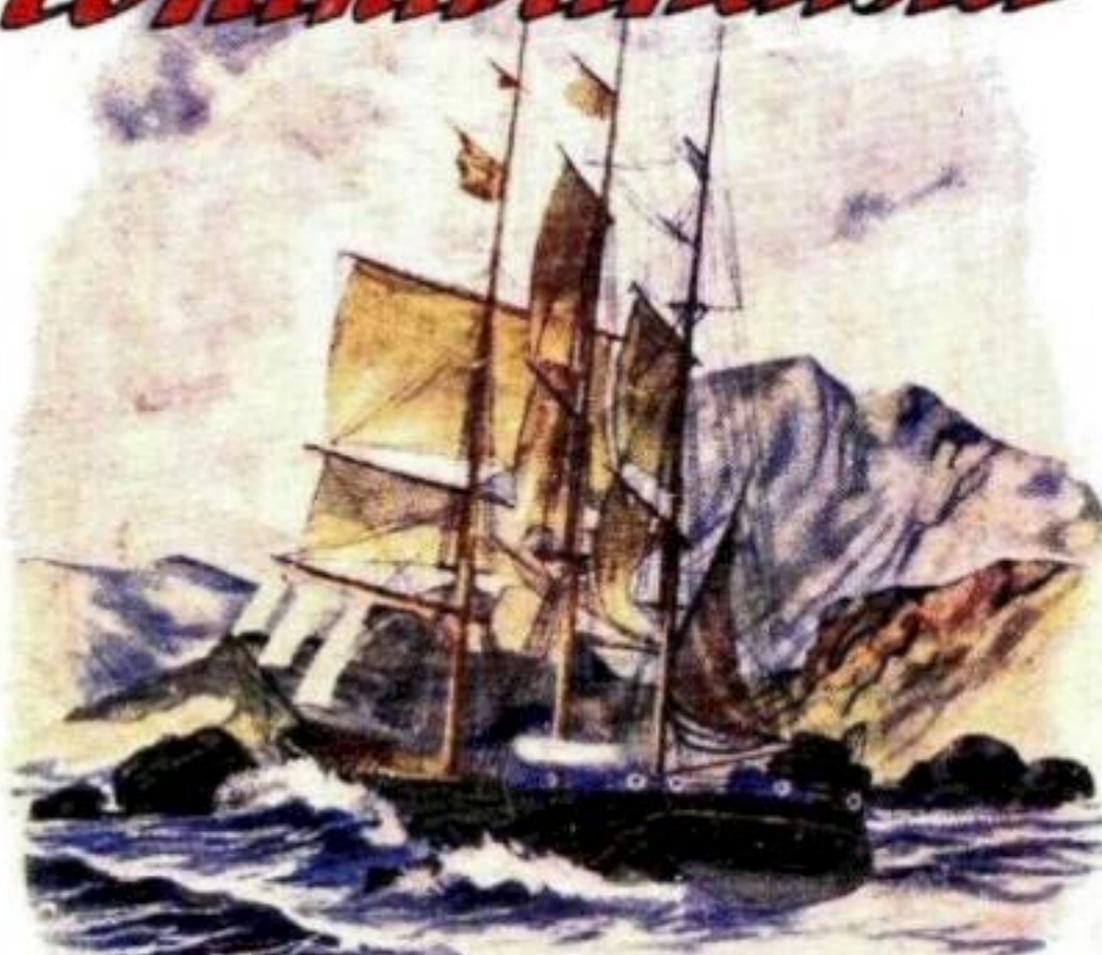


El último contrabandista



Carmen de Burgos
"Colombine"

En *El último contrabandista* Carmen de Burgos conserva las referencias culturales míticas que podemos ver en todo el ciclo novelesco de Rodalquilar, pero girando sobre todo en torno a sus dos líneas temáticas y argumentales: la heroica de las hazañas del contrabando, y la telúrica de las pasiones desgarradas. Junto al exotismo de la aventura, más temporal, más histórica, comparece un presente eterno que refleja el misterio del sentir humano.

Nos adentramos en una novela romántica, magníficamente escrita, en la que se funden, con igual fuerza, épica y tragedia. Un romántico relato de aventura y pasión.

DEDICATORIA

A Ramón Gómez de la Serna, en prueba, de mi convencido afecto y admiración por su originalidad, su fantasía y su dominio del espíritu; y porque tanto ha insistido en que yo escribiera esta novela, de pasión y de brío, en memoria del último contrabandista; hijo de las pictóricas, noches andaluzas, exaltadas por una copiosa lluvia de estrellas y olorosas a claveles salvajes.

CARMEN.

I

Era como el humo de una gran hoguera aquel celaje gris y tenue que tocaba a la cima del monte y se tendía a lo largo del cielo Como si el viento le hiciese ondear y lo rompiese en jirones. Estaba casi siempre allí aquella neblina amenazadora, sobre la punta del cerro que se interna en el mar formando el Cabo de Gata.

Parecía presagiar tormentas aun en los días en que la limpidez del cielo y el brillo del sol eran perfectos.

Aquella tarde de ánimas frente a la soledad del campo se sentía la infinita melancolía del otoño. El celaje del monte se había extendido por todo el cielo formando una nube baja, brumosa, gris y blanca, que tocaba las copas de los árboles. Estaba el monte negro, pizarroso, dejando destacarse en sus estribaciones los árboles negruzcos que se recortaban puntiagudos entre la neblina, como si se clavaran en ella; las casas del Cabo alrededor del faro, que parecía una gran chimenea de todo el pueblecillo, lucían sus contornos desiguales, con el ocre y el bermellón de las fachadas, formando un grupo pintoresco; a la izquierda, las balsas llenas de agua de las salinas, empantanasadas como bancales, formaban una especie de prolongación del mar, y cerca de la orilla los grandes montones de sal blanca y brillante, como riscos de cristal, daban con su albor algo de la frialdad de la nieve; y hacían el paisaje estéril, desolado, desierto.

Frente a toda aquella melancolía, la melancolía del mar, lechoso y frío también, con el oleaje revuelto, tan re-

vuelto, tan amenazador, que no se veía una sola barca en toda la orilla, hasta las cercanías de la almadraba, al otro lado del caserío.

Las sombras avanzaban rápidamente y Aurelia no se movía, fija en la contemplación de aquel paisaje de ánimas que la impresionaba.

Para ella no era el paisaje de siempre aquel día, era el paisaje de ánimas. Experimentaba la fuerza del aniversario que se siente en los lugares apartados, donde se conservan las rústicas costumbres primitivas llenas de ingenuidad y de sencillez. El influjo del día de difuntos se venía preparando durante los nueve últimos días, en los que salían al obscurecer unos, viejos encorvados, envueltos en la capa raída, que llevaban el gran farol de hierro, mezcla de cepillo y vitrina, detrás de cuya luz, envueltas en llamas pintadas de rojo, aparecían las figuras dolientes de las ánimas, representadas con cuerpos de carne, rollizos y llenos de salud, que se retorcían en el tormento del fuego y tendían las manos hacia una Virgen del Carmen, que inmóvil e indiferente esperaba que se llenase el cepillo de monedas de cobre. Conmovía la voz del hombre implorando «para las ánimas benditas». Así, al llegar el día de aquellas ánimas, un día que era como el de cumplir su condena y salir del purgatorio, todo se entristecía más, con el dolor agudo de las que se quedaban penando. Era como si brotase de la tierra un vaho con perfume de muerto y eternidad, como si la idea magna de la muerte emanase de toda la tierra, de toda la llanura, como si después de tantas generaciones desaparecidas toda la tierra hubiera servido ya de sepulcro.

Una voz agria chilló.

—¿Dónde está Aurelia? Parece que se ha propuesto no hacer nada.

—Ya voy, madre —respondió la joven.

Entró en la casa, cuya primera pieza era una monumental cocina, en cuyo fondo lucía el hogar, con su chimenea

de campana y al frente el vasar de arco, empotrado en la pared, con los estantes llenos de loza rameada, y la pared toda cubierta de pailas de cobre, tapaderas de barro, piñas de botellas vacías y pequeñas estampas.

Detrás del portalón se escondían las labores de esparto. En un testero campeaba sólo la cantarera con los panzudos cántaros de barro, a cuyo lado, un jarrero, del que colgaba una toalla blanca, ofrecía las alcarrazas rezumantes para apagar la sed.

Unos cuantos posetes de pitaco, varias sillas de esparto, y una pequeña mesilla de tabla, completaban el escaso mobiliario.

Tenía algo aquella estancia tan grande, con las paredes tan decoradas y tan desguarnecida de muebles, de patio medroso y solitario. La luz del candil, colgado del alero de la leja, no llegaba a esclarecer los ángulos, en los que jugaban las llamaradas de la leña y de los troncos quemados en el hogar con fantásticos contornos de luz, entre el espesor de las sombras.

Aquella noche se habían encendido las luces de ánimas. Unas vacilantes lucecillas que ardían dentro de una gran fuente de barro azul y verde, llena de agua, sobre la que se tendía una capa de aceite, que sostenía esas lamparillas de cartón tan débiles que se han llamado mariposas.

La fuente estaba llena de lucecillas y cada una recordaba un nombre. Eran una representación, una personificación de un muerto, que hacían vivir y consumirse de nuevo. Allí ardía la lucecilla del padre, de la abuela, de los hijos. La lucecilla de los hermanos, de la novia muerta, del amigo o del vecino. Cada uno de la casa había puesto sus luces, Aurelia puso sólo tres; una para las almas del Purgatorio, por si aquel pequeño sufrago podía influir en la mente divina en favor de los millones de almas en tormento; otra por el *Anima Sola*, esa pobre alma abandonada y pobrecita que no tiene quien ruegue por ella; y otra por

las almas de los que han perecido en el mar, como si esas almas estuvieran más perdidas y lejanas.

Cuando entró en la cocina, a pesar de estar ya toda la familia reunida en ella, le dieron miedo las luces. Temblaban como si un viento interior las agitase, frágiles y prontas a apagarse; vivían, sin embargo, con un clavo de pavesas en medio, una brasa encendida que formaba una flor de luz en su centro.

Era como si viviesen con la vida de los muertos.

Causaban sin duda un malestar a todas aquellas luces porque todos estaban silenciosos. Aurelia colocó en medio de la estancia la pequeña mesa, descolgó la cesta de palma, sacó de ella el paño blanco que envolvía el pan y cubrió con él la tabla. Puso sobre ella otra fuente grande vidriada, donde la madre volcó el guisado de la pila, dejó en un ángulo de la mesa un gran bollo de pan de cebada, moreno y empajazado, y fue colocando las cucharas en torno de la fuente.

Los dos hermanos mayores y el padre acercaron sus posetes a la mesa; y la madre llenó sendos tazones del apetitoso guisado de arroz con tocino a los tres hijos pequeños, que aún no comían en la mesa de los mayores, y que fueron a acurrucarse con sus porciones, en silencio, cerca de la lumbre.

El padre partió, con la faca que llevaba en la faja, grandes rebanadas de pan y metió la cuchara en la fuente; todos los demás, que habían esperado respetuosos, lo imitaron.

No se parecía Aurelia a ninguno de la familia, ni a la madre, gorda y barriguda, que se movía naneando como un pato, ni al padre, ni a los cinco hermanos. Ella parecía de una raza distinta y superior: alta, esbelta, con los cabellos rubios, de un rubio de trival maduro, inusitado allí donde todas las mujeres eran morenas. Tenía unos ojos de azul verdoso, del color del mar, cambiantes desde el matiz obscuro al matiz claro; y una piel fina y delicada, muy blan-

ca y muy pálida, en la que el aire del mar había puesto quemaduras, formando grupos de pecas que adquirirían la gracia de lunares en torno de las ojeras. Era un rostro delicado, de cejas perfectas y nariz fina en el que una manchita roja del tamaño de un duro y la forma de una hoja de vid, que iba de la mejilla izquierda a la garganta, ponía una aguda nota de color. Era la marca de un deseo de comer uvas que tuvo la madre estando embarazada y que había dejado aquella extraña señal en el semblante de la joven, la cual, como todas las criaturas que nacían bajo la influencia de un deseo, salió a la luz con la boca abierta, sin poderla cerrar, hasta que pusieran en sus labios el zumo de la uva, pero aquella marca, aquella *rosa del deseo* aumentaba lo que había de exótico en la belleza rubia de Aurelia, en aquel país de mujeres morenas. *La guapa de las Salinas* era el dictado con que se la conocía en muchas leguas en contorno.

Ella lo sabía, y aquella conciencia de su hermosura la había hecho coqueta y caprichosa, dominada por un sentimiento que había acabado por irritarla.

¿De qué le servía ser hermosa en aquel desierto?

Es verdad que triunfaba en los bailes sobre todas y que se sentía envidiada de las mozas y deseada de los mozos; es verdad que veía llegar a los jóvenes casaderos de toda la comarca a su casa para solicitar su amor. ¿Pero qué valía todo eso en aquella vida cansada y monótona? Se despertaba su ambición, más bien como un instinto que de un modo deliberado, como si comprendiera que la belleza era un arma que la podía hacer triunfar.

Tal vez porque se amaba mucho a sí misma y porque soñaba mucho en una vida distinta y en otros horizontes lejanos, no había podido amar a ninguno de sus pretendientes y había rechazado los partidos más brillantes, con gran desesperación de la madre y disgusto de la familia, que deseaban afianzar su situación de labradores ricos con un enlace brillante de la hija.

–¡Parece que espera algún príncipe! –solía decir la madre, cansada de mortificarla y de la resistencia pasiva que, oponía la joven.

Veinte años, allí donde las mujeres se casan todas de quince a diez y seis, era ya una edad para no descuidarse.

–Ésta –decía su madre, cuando hablaba con las vecinas– se quedará para vestir imágenes y abrochar los botones a Pilatos en el otro mundo.

Aurelia seguía siempre contemplativa; pasaba las semanas como dormida, ayudando mecánicamente en los trabajos caseros, para aparecer el domingo en el baile que se formaba en algún cortijo de la comarca, donde se daban cita las mozuelas de dos leguas de contorno, que marchan por aquellos vericuetos entre las sombras de la noche, descalzas y con las faldas recogidas y los zapatos en la mano para calzarse al llegar.

Ella siempre era la preferida. Las modas nuevas las llevaba o las inventaba ella. Era la más audaz, la que se ponía con mayor coquetería los adornos, con una tendencia señoril que las escandalizaba. Había llegado a peinarse sin moño y a presentarse en un baile sin pañuelo del talle, cosa que no se permitían las aldeanas.

Criticaban todos de ella, pero en torno suyo se juntaban todos los mozos. Cada vez que salía a bailar, se le cantaban coplas y coplas que le impedían dejar el baile, y los bailadores se pedían la vez unos a otros para acompañarla.

Ahora se sabía que Aurelia tenía novio. Después de tanto escoger había venido a enamorarse de Bastianillo, un zagal más joven que ella que no tenía en donde caerse muerto.

La familia estaba furiosa y los hermanos amenazaban con coger una tranca y escarmentar al intruso, al que habían negado la entrada en la casa. Tal vez aquella oposición de los suyos era lo que había interesado en aquel amor a Aurelia. Sentía como una gratitud por el gran cari-

ño del muchacho, que no se imponía, ni exigía, como los otros hombres, sino que parecía siempre implorar y agradecer su ternura.

Él tenía un espíritu más delicado que los otros aldeanos. Sabía sentir con ella todas las inquietudes que le daba el campo, el sol y el cielo. Veía todo lo que se escapaba a los demás en su actitud. Con él podía hablar de sus vestidos y de sus pañuelos; Sebastián lo entendía todo, hasta aquella ansia ambiciosa que Aurelia tenía y de la cual participaba.

Él tenía también una fuerza de hermosura y de juventud. Lo veía bello, ingenuo, alegre y franco, lleno de valor y de confianza en el porvenir.

No muy alto, bien proporcionado, de color trigueño y cabello rebelde y rizado; con los ojos grandes y dulces, y la boca sensual y carnosa, Sebastián tenía una belleza fuerte, primitiva, que la sugestionaba a pesar suyo.

—¿Qué irá a hacer esta hija mía —decía la madre en sus continuas lamentaciones— casándose con ese muchacho, cargarse de hijos y no tener que llevar a la boca?

Aquel razonamiento, que oía en silencio, hacía flaquear el ánimo de Aurelia. En verdad su madre tenía razón; los años iban pasando y era preciso ser cauta y pensar en lo que convenía.

Pero a la vista de Sebastián triunfaba de nuevo su cariño, su ternura, aquello que no era amor pero que era aún más fuerte, una amistad, una inteligencia, que con ningún otro podía tener.

Cuando se acabó la cena, recogió la mesa y limpió la fuente. Aquel día tradicional ella no había querido ir al baile de ánimas. En el fondo de su espíritu sentía la humillación de aquel novio, que no podía mantener el rango a que estaba acostumbrada. Vio como se acostaban sus tres hermanos pequeños y cómo se marchaban el padre y los dos mayores. Y se entró en su cuarto, para no escuchar el

rezongueo de la madre, a la que su capricho condenaba a no salir de casa.

El ser la hija única, enlazaba la madre a ella. Había algo de solidaridad que hacía vivir a las madres en los triunfos y en los amores de las hijas. La pobre Nicolasa se quejaba de las rarezas de la suya, que la privaban aquella expansión.

Volvió a abrir la ventana; ya no veía el paisaje, la noche de otoño había cerrado tormentosa y oscura, no se adivinaba ni una silueta, ni brillaba una luz ni una estrella en la obscuridad. Sólo el ruido del mar, que bramaba furioso con una gran resaca lo llenaba todo.

Era verdaderamente aterrador aquel ruido intermitente del agua. La ola que se retiraba tenía algo de traición, de emboscada, de peligro que se esconde; algo como si tramase una acechanza. Luego el rumor que crecía, qué se aproximaba, parecía como si fuese a llegar hasta allí, a pasar sobre ella, como si el mar en una de esas noches de sombra, cansado de su mansedumbre, se hubiese de sorber la tierra.

Una sombra más oscura que salía de entre la sombra le obligó a dar un ligero grito de pavor.

—¿Te has asustado de mí? —preguntó una voz grave y sonora.

—No mucho, en seguida he pensado que, eras tú. Te esperaba... no sé por qué.

—Natural. Ya podías comprender que yo no iba a pasar la semana sin verte.

—Pero con esta noche...

—Esto no es nada para nosotros. Si vieras en el corazón del invierno las noches de alijo...

—Cuéntame.

—Eso no tiene nada que contar. Se trabaja y se pasa un rato de frío. Son cosas de las que no se debe de hablar.

—¿Ni conmigo tampoco?

–A ti te interesa más que te diga lo hermosa que estás y que te quiero mucho.

–¡Zalamero!

–Es la pura verdad. No sé estar sin ti. Mira, estaba deseando que me tocara la quinta para escaparme a correr mundo y ahora he ido a buscar a don Antonio pira que me libre. No quiero irme de tu lado.

–¿Pero tú sabes si será peor eso que haces? Yo tengo mucho miedo al contrabando y a don Antonio.

–Porque no lo conoces; es lo más simpático y lo más llano que hay en el mundo, con un aire y un señorío que encantan.

–Pero la vida que tendrás que hacer...

–Si quiero. Él nos libra a todos los mozos sin pedirnos nada; lo que le sobra es gente. Pero de todos modos yo me iría con él como se ha ido mi hermano... es una vida que atrae... y que puede dar dinero.

–¿De veras?

–Sí... yo necesito dinero, mucho dinero, para casarme y que mi Aurelia sea una gran señora.

–¿Irábamos a la ciudad?

–Algunas veces, para comprarte vestidos, y polvos y agua de Colonia... yo no quiero ser como todos estos que en cuanto se casan meten a la mujer en el rincón. Te he de llevar conmigo a todas partes, y hemos de dar envidia de tanto querernos. Cayéndonos de viejos hemos de bailar juntos.

Había extendido la mano en la sombra para coger la mano de su novia y la estrechaba con adoración contra su pecho.

–Emparaje nos pondrán si hacemos eso...

–¡Qué nos importa!

Ella vaciló.

–Es que... sabes... cuando una se casa... se estropea... se estropea el cuerpo.

Aquella visión de una maternidad futura excitó al muchacho que se acercó más a la ventana y se llevó hambriento la mano de Aurelia a los labios.

Se oyó una voz dentro.

—Aurelia, ¿qué haces?

Ella tenía la boca seca y le costó trabajo responder.

—Me estoy acostando.

Hizo un ademán cariñoso para imponer silencio a su novio y despedirlo.

Él la retuvo por la mano, diciéndole suplicante:

—No.

Vaciló ella, pero un ladrido de perros que se trasmitían una alerta desde los cortijos vecinos despertó a los perros de las Salinas que ladraron también furiosos.

—Es preciso —balbuceó ella.

Y él, como si en aquel momento recordara un penoso deber, respondió triste.

—Es verdad.

Ella sintió una punzada dolorosa en el corazón, como si adivinara algo.

—¿Vas? —preguntó.

Él la atrajo hacia sí y antes de que pudiera evitarlo la besó en los labios diciendo:

—Sí, pero no tengas miedo, no hay peligro.

—¡Sebastián!

Estaba ya sola. Sacó medio cuerpo por la ventana; todo era sombra, no se veía más luz que la del faro, que parpadeaba en la noche como si hiciese un guiño burlón.

—¡Madre mía! —exclamó atemorizada—. Líbralo de mal.

Cerró la ventana y fue a dejarse caer en el lecho, bajo la pesadilla de aquel mugir del agua, y del ladrido de aquellos perros vigilantes que advertían que no era tan completa la soledad.

De la cocina llegaba el chirriar siniestro de las luces de aceite, que tocaban ya al agua y se iban apagando esparciendo su olor de pavesa, puesto que era preciso dejarlas

extinguirse ellas solas, sin, cometer el sacrilegio de apagar la luz de un muerto.

Se persignó medrosa, atemorizada, y se dejó caer en la cama murmurando devota un padrenuestro a las ánimas para que librasen de todo peligro a los caminantes... y a los contrabandistas.

II

Apenas se había separado Sebastián unos metros de la ventana, otra persona le salió al encuentro.

El joven dio un paso atrás y se previno.

—¿Quién va?

—Amigo.

—Dime la palabra.

—Empieza tú.

—Siempre.

—Adelante.

—Lorenzo.

—Sebastián.

—¿Qué pasa? —preguntó éste.

—Venía a prevenirte. El alijo se ha perdido.

—¡Cómo!

—Calla, que la sombra oye.

—¿Qué hacemos?

—Todo es inútil. Hay que salvar el que sepan que es nuestro. Don Antonio ha mandado que aparezcamos todos en el baile. Quiere que nos vean allí.

—Pero...

—Cuando don Antonio lo ha dispuesto él sabrá por qué lo hace.

—Vamos andando.

Ir al baile de ánimas después de no haber podido llevar a Aurelia contrariaba al joven, pero el respeto a don Antonio y la disciplina perfecta de aquel ejército de contrabandistas lo dominaba todo.